



¿Cuál es el verdadero coste de la agenda climática europea?

Bjorn Lomborg



Resumen ejecutivo

- Los estudios sobre el impacto del cambio climático imputan a tal desarrollo un coste que no resulta catastrófico. Las investigaciones más rigurosas y amplias elaboradas por economistas de prestigio que respaldan el grueso de las teorías sobre el cambio climático muestran al mismo tiempo que sus efectos económicos serían limitados y palidecen en comparación con otras prioridades sociales urgentes.
- El alarmismo y el sensacionalismo mediático distorsionan el debate sobre esta cuestión. Los debates exagerados que marcan la conversación social sobre este tema suelen dejar a un lado un aspecto clave, como es la capacidad de adaptación de los seres humanos ante los desafíos y el poder de la innovación como fórmula para resolver circunstancias complejas.
- La evidencia muestra que el coste de no hacer nada es menor que el de aplicar políticas muy intensas, pero ineficaces, como las que estamos viendo en Europa. Financiar una acción climática desproporcionada puede frenar el crecimiento, empobrecer a la población y dificultar la lucha contra la pobreza.
- La obsesión climática desvía recursos clave de otros campos de la economía. Centrarse exclusivamente en el clima impide abordar otros retos como la innovación, que es clave para encontrar fórmulas más eficientes de producción. También exige una mayor carga fiscal y obliga a gastar menos en salud, educación, pensiones o defensa.
- El “decrecimiento” cultivado desde ciertas esferas es una receta peligrosa. Defender que necesitamos menos crecimiento económico porque tenemos el objetivo de reducir las emisiones supone adoptar un marco de política económica cuyas consecuencias sociales y económicas son devastadoras.
- La UE es un ejemplo de mala política climática: sus miembros se han endeudado y sus economías han terminado estancadas, todo en nombre de objetivos simbólicos cuyo impacto sobre el clima global es escaso.
- La solución está en la innovación, no en la austeridad económica derivada de una agenda climática como la que se está aplicando. De hecho, invertir en innovación tendría muchos menos costes y generaría beneficios claramente mayores, permitiendo una transición realista hacia una economía más eficiente.



Analizando el coste de las políticas climáticas

En todo el mundo, las finanzas públicas están al límite. El crecimiento por habitante sigue estancado, mientras aumentan los impuestos y crecen los gastos ligados a las pensiones, la educación, la sanidad o la defensa.

Precisamente estos cuatro campos requerirán desembolsos adicionales en los próximos años por un monto que oscila entre el 3 y el 6 por ciento del PIB. Sin embargo, en medio de tantas presiones para las finanzas públicas, los autoproclamados ecologistas reclaman a gritos que los gobiernos destinen hasta el 25 por ciento de nuestro PIB al cambio climático, asfixiando el crecimiento económico en nombre de lo que describen como una “emergencia climática”.

Si el apocalipsis climático fuera un problema inminente, quizá tendrían razón. Sin embargo, la realidad es mucho más prosaica.

Recientemente se han publicado dos estimaciones científicas de gran relevancia sobre el coste total global del cambio climático. No se trata de trabajos de investigación aislados, que pueden variar mucho en sus hallazgos y que acostumbran a captar la atención de los medios a base de acaparar titulares, sino de hallazgos basados en revisiones sistemáticas de los datos que están basados en toda la literatura académica disponible, revisada por pares.

Una de estas investigaciones es obra de uno de los economistas climáticos más citados: Richard Tol. La segunda lleva la firma del único economista climático galardonado con el Nobel: William Nordhaus.

Ambos trabajos concluyen que un aumento de temperatura de 3 °C hacia finales de siglo (un escenario ligeramente pesimista, según las tendencias actuales) tendría un coste global que oscilaría entre el 1,9 y el 3,1 por ciento del PIB mundial.

Para ponerlo en perspectiva: la ONU estima que, a finales de siglo, la persona media será un 450% más rica que hoy. Si ajustamos tal estimación para descontar el coste imputado al cambio climático, el ciudadano medio sería “solamente” entre un 435% y un 440% más rico en 2100 que en la actualidad.



Un debate que necesita más perspectiva

¿Por qué esta visión es tan distinta de la que ofrecen los medios de comunicación? ¿Por qué esta perspectiva no está más presente en la conversación pública? Las campañas alarmistas de los autoproclamados ecologistas y el periodismo acrítico que cubre estos asuntos suelen pasar por alto un hecho esencial: a saber, que los seres humanos somos extraordinariamente adaptables y afrontamos la mayoría de los problemas que nos topamos con soluciones eficientes que permiten resolver los desafíos pendientes pagando un precio relativamente bajo.

Tomemos como ejemplo el caso de la alimentación. Algunas voces alertan de hambrunas generalizadas en las próximas décadas, pero los estudios muestran que, si no hubiera cambio climático, la disponibilidad de alimentos aumentaría un 51 por ciento de aquí a 2100, mientras que, en un escenario con cambio climático, ese aumento sería... del 49 por ciento.

En cuanto a los desastres naturales, sabemos que, en los años 20 del siglo pasado, estos fenómenos causaban medio millón de muertes al año, mientras que, en la última década, esta cifra se ha reducido a menos de 9.000 decesos por ejercicio, a pesar de que la población mundial ha pasado de menos de 2.000 a más de 8.000 millones de personas durante el último siglo. La caída del 97,5 por ciento en la mortalidad derivada de los desastres naturales se explica porque, con mayor riqueza y mejor tecnología, somos mucho más resilientes.

Los activistas climáticos más radicales y la izquierda política más extrema dejan ver sus verdaderas intenciones cuando defienden abiertamente el “decrecimiento” como solución para reducir emisiones. Empobrecer a la población y frenar el progreso en la lucha contra la pobreza extrema sería un error trágico y dificultaría aún más resolver los demás grandes desafíos globales.



La costosa factura del actual modelo de políticas climáticas

Los políticos más moderados se conforman con lograr un escenario “cero emisiones” (es decir, emisiones netas de carbono equivalentes a cero) en torno al año 2050. Sin embargo, este planteamiento implica frenar el crecimiento, obligando a empresas y ciudadanos a abandonar el uso de combustibles fósiles y otras tecnologías en favor de energías verdes que resultan más costosas y menos eficientes. El coste total de aplicar esta agenda sería colosal: entre 15 y 37 billones de dólares anuales durante el resto del siglo XXI, una cifra que se mueve entre el 15 y el 37 por ciento del PIB mundial actual.

Como serán los países más ricos de la OCDE quienes asuman la mayor parte de ese coste, la factura equivaldría a que cada ciudadano residente en los países del mundo desarrollado, caso de España, pagase más de 10.000 dólares cada año para financiar este modelo de transición energética. No solo hablamos de un escenario políticamente inviable, sino que la perspectiva coste-beneficio confirma que tal apuesta sería tremendamente equivocada, ya que los beneficios obtenidos serían inferiores al 1 por ciento del PIB, a lo largo del siglo XXI.

El verdadero coste de una política climática ineficaz no se limita a su impacto inmediato sobre el bolsillo de familias y empresas: además, una apuesta como la que estamos viendo en Europa desvía recursos y atención de otras prioridades.

Hace veinticinco años, la Unión Europea proclamó que se convertiría en “la economía basada en el conocimiento más competitiva y dinámica del mundo” y recalcó su voluntad de captar grandes inversiones en I+D. Sin embargo, el fracaso fue estrepitoso: el gasto en innovación apenas ha crecido y la UE se ha quedado muy por detrás de Estados Unidos, Corea del Sur e incluso China.



El error de Bruselas y la importancia de la innovación

Tras aquel fiasco, Bruselas ha girado sus prioridades y ha pasado a adoptar una obsesión casi miope con el clima, apostando por una economía “sostenible” en lugar de una economía robusta.

El endurecimiento de los objetivos de reducción de emisiones para 2030 fue un ejemplo del postureo que ha inspirado la moralina institucional sobre estas cuestiones. En cambio, aunque el coste de este tipo de restricciones asciende a varios billones de euros, el impacto de la agenda climática europea sobre las temperaturas globales esperadas para finales de siglo se estima en una reducción de apenas 0,004 °C.

En la última década, la Eurozona ha crecido a un ritmo raquítico de poco más del 1 por ciento anual per cápita. Con más de dos billones de euros gastados en políticas climáticas cuyo efecto no es más que simbólico, la UE ha desperdiciado un volumen ingente de recursos que, de haber sido invertidos con inteligencia y de la mano del sector privado, podrían haber cumplido los propios objetivos de inversión de la UE en materia de innovación durante veinte años.

Invertir más y mejor en innovación habría generado 60 billones de euros de riqueza a largo plazo para Europa y el mundo, aflorando beneficios 500 veces superiores a los que se imputan al seguimiento de las políticas climáticas actuales. Y, lo que es aún más importante, una apuesta así habría permitido a Europa contar con mayor margen de maniobra para abordar otros grandes desafíos como la reducción de los impuestos o la presión al alza del gasto en materia de pensiones, educación, sanidad o defensa.

El resto del mundo haría bien en aprender la lección europea y dejar de malgastar dinero en malas políticas climáticas.



Sobre el autor

Bjorn Lomborg es un académico, escritor y activista medioambiental danés.

Es presidente del Copenhagen Consensus Center, un *think tank* que reúne a los mejores economistas del mundo –entre ellos, siete premios Nobel– para investigar, definir y fomentar las soluciones más efectivas para los grandes problemas mundiales.

Doctor en Ciencias Políticas por la Universidad de Copenhague, ha sido profesor visitante de la Copenhagen Business School. Es también autor de los libros superventas *El ecologista escéptico* (Espasa, 2003) y *Falsa alarma* (Antoni Bosch, 2021). Su último lanzamiento editorial es *Lo que sí funciona* (Deusto, 2024).

Lomborg es comentarista habitual en medios como *The New York Times*, *The Wall Street Journal*, *The Guardian*, CNN, FOX y la BBC. Su columna mensual se publica en 19 idiomas y en más de 30 periódicos, y tiene más de 30 millones de lectores en todo el mundo.

